

CAPÍTULO XIII

De cómo el capitán Pánfilo encontró á la madre de Tom en las orillas del río Delawarre, y lo que siguió al encuentro.

Aunque á simple vista calculase el capitán Pánfilo que mediaban dos buenas jornadas de camino desde el sitio adonde había llegado hasta Filadelfia, no dejó por eso de continuar su ruta con un ardor extraordinario, no deteniéndose más que para buscar huevos de pájaros ó raíces; en cuanto al agua, bien pronto había encontrado los manantiales del Delawarre, y el mismo río, que corría abundante, quitóle todo temor de pasar sed.

Caminaba, pues, alegremente, viendo ya cercano el término de tantas fatigas, admirando el maravilloso paisaje que se desarrollaba á su vista, y en esa feliz disposición de espíritu en que el viajero solitario no desea más que una cosa, la de tener un compañero á quien comunicar su demasía de pensamientos, cuando, al llegar á la cima de una pequeña montaña, creyó percibir,

á una media legua delante de él, un punto negro que avanzaba á su encuentro.

Durante algunos minutos, trató de reconocer lo que aquello podía ser; pero la distancia era demasiado grande, y, sin inquietarse más por el objeto ó sujeto, se puso en marcha, continuando de nuevo su ruta y perdiendo de vista muy luego lo que había llamado su atención, á causa de ser muy accidentado el terreno sobre el que caminaba.

Iba, pues, siempre adelante, silbando un aire muy en boga en la Cannebière (Marsella) y haciendo el molinete con su bastón, cuando de pronto el mismo objeto ofrecióse de nuevo á sus ojos, á la ya próxima distancia de algunos centenares de pasos; esta vez, el capitán estaba siendo objeto, por parte del nuevo personaje que introducimos en escena, de un examen igual al que aquél estaba ocupado en hacer. Nuestro gozoso marino hizo con su mano una especie de antejo de larga vista, miró un instante á través del improvisado tubo, y reconoció que era un negro.

Este encuentro era tanto mejor para el capitán, cuanto que, poco amigo de pasar una tercera noche parecida á las dos precedentes, contaba ya con pedirle las señas de algún paraje donde acostarse; apretó, pues, el paso, evitando que las ondulaciones del terreno le forzasen á perder de nuevo de vista al que podía darle tan preciosas noticias, y que esperaba encontrar en la cima de un pequeño montículo que se elevaba á mitad del camino por recorrer.

El capitán Pánfilo no se había engañado en

sus cálculos estratégicos: en la cumbre de la montaña se encontró cara á cara con el que buscaba, sólo que el color había engañado á nuestro marino, y no era un negro lo que tenía ante sí, sino un oso.

El capitán Pánfilo midió, al primer golpe de vista, la extensión del peligro que le amenazaba; pero no enseñaremos nada de nuevo á nuestros lectores al decirles que, en semejantes casos, el digno marino era hombre de recursos; echó una mirada en torno suyo para examinar la topografía del terreno, y vió que no había medio alguno de evitar al animal. Á la izquierda el río, encajonado entre dos márgenes profundas y demasiado rápido para ser atravesado á nado, sin exponerse á un peligro mayor quizás que aquel del que quería huir; á la derecha, rocas cortadas á pico, practicables para los lagartos y sabandijas, pero inaccesibles á todo otro animal; detrás y delante de sí, un camino, ó más bien, un sendero ancho como aquel donde Edipo encontró á Laïus.

Por su parte, el animal había hecho alto á unos doce pasos del capitán Pánfilo, pareciendo examinar á su vez á éste con una atención muy particular.

El capitán Pánfilo, que había encontrado durante su vida una infinidad de cobardes disfrazados de valientes, auguró que el oso tenía quizás tanto miedo de él como él tenía miedo del oso. Marchó, pues, á su encuentro; el oso hizo otro tanto: entonces el capitán empezó á creer que se había engañado en sus conjeturas, y se detuvo; el oso continuó avanzando. La cosa era

ya clara como el día: no era el oso quien tenía miedo. El capitán Pánfilo giró sobre el talón izquierdo, con el fin de dejar el paso libre á su adversario, y comenzó á batirse en retirada. Mas, no había retrocedido aún tres pasos, cuando encontró las rocas á pico; se arrimó de espaldas al muro para no ser sorprendido por detrás, y esperó los acontecimientos.

La espera no fué muy larga; el oso, que era de la especie más grande, avanzó sobre el camino hasta el sitio en que lo había abandonado el capitán; después, llegado allí, describió el mismo ángulo que había trazado el hábil estratégico con el cual quería entenderse, y se adelantó hacia él. La situación era crítica, el lugar desierto, y el capitán Pánfilo no podía esperar socorro alguno de nadie; él no poseía más que su bastón por toda arma, medio de defensa bastante mediano; el oso no estaba ya más que á dos pasos de él; entonces levantó su bastón... Á esta señal, el oso se enderezó sobre sus patas traseras y se puso á bailar.

Era un oso domesticado que había roto su cadena y escapado de Nueva York, donde tuvo el alto honor de hacer sus ejercicios en presencia de mister Jackson, presidente de los Estados Unidos.

El capitán Pánfilo, animado por las disposiciones coreográficas de su enemigo, advirtió entonces que el oso llevaba puesto un bozal, y que un trozo de cadena rota colgaba de su cuello; en seguida calculó el partido que podía sacar de semejante encuentro un hombre reducido á la penuria en que él se hallaba; y como ni su naci-

miento ni su educación le habían dado esas falsas ideas aristocráticas que á otro cualquiera en su lugar hubieran podido quizás preocupar, pensó que el oficio de conductor de osos era muy honrado y honorable, relativamente á una infinidad de otros oficios que había visto ejercer por algunos de sus compatriotas en Francia y en el extranjero.

En su consecuencia cogió la punta de la cadena del bailarín, le aplicó un golpe de bastón sobre el hocico para hacerle entender que era tiempo ya de terminar su minué, y continuó su camino hacia Filadelfia, conduciéndole en trailla como hubiese hecho con un perro de caza.

Atravesando, de noche ya, una pradera, observó que su oso se detenía delante de ciertas plantas que le eran desconocidas; la vida nómada que había llevado habíale puesto en el caso de hacer profundos estudios sobre el instinto de los animales, y presumiendo que aquellos altos, renovados á cada instante, aunque sin éxito, reconocían algún motivo, á la primera demostración del mismo género que hizo el animal, el capitán Pánfilo se detuvo y le dió todo el tiempo necesario para desarrollar su intención. Los resultados no se hicieron esperar: el oso escarbó la tierra, y á los pocos segundos puso al descubierto un grupo de tubérculos, apetitosos á primera vista: el capitán los probó, y con gran contento vió que sabían á la vez á trufa y á patata.

El descubrimiento era precioso, por lo que dejó en completa libertad á su oso para que buscara otros: al cabo de una hora tenía ya una

cosecha suficiente para cenar un hombre y un animal. Terminada la cena, el capitán descubrió un árbol aislado, y después de haberse asegurado de que su follaje no ocultaba ningún reptil, ató su oso al tronco y sirvióse de él como de una corta escalera para alcanzar las primeras ramas. Encaramado ya en el árbol, establecióse en él como había hecho otra vez en el bosque, sólo que esta noche fué perfectamente tranquila, pues los lobos se habían mantenido á conveniente distancia á causa de olfatear al oso.

Á la mañana siguiente, el capitán Pánfilo se despertó enteramente tranquilo y descansado. Su primera mirada fué para su oso: éste dormía tranquilamente al pie del árbol. El capitán descendió y le despertó, y ambos emprendieron amigablemente el camino de Filadelfia, adonde llegaron sobre las once horas de la noche.

El capitán Pánfilo había caminado como el ogro del *Pulgarcito*.

Una vez en la ciudad, se puso en busca de un albergue; pero no encontró ni un posadero que quisiera alojar á semejante hora á un oso y á un salvaje. Empezaba, pues, á experimentar mayor contrariedad en medio de la capital de la Pensilvania que las que llevaba ya sufridas en el centro de los bosques del río San Lorenzo, cuando vió una taberna arduosamente alumbrada, y de la que salía una mezcla tal de ruidos de vasos, de carcajadas y de imprecaciones, que era evidente que había allí alguna tripulación que acababa de cobrar su paga. La esperanza renació bien pronto en el espíritu de nuestro marino: ó él había olvidado lo que es un mari-

nero, ó tenía allí para él vino, dinero y cama, tres cosas de primera necesidad dada su situación; se acercó, pues, con confianza, cuando de pronto se detuvo como si le hubiesen clavado en su sitio.

En medio del jolgorio, de los gritos y de los juramentos, había creído reconocer un aire provenzal cantado por uno de los bebedores: con el cuello extendido y el oído alerta, permaneció un rato dudando todavía, tan inverosímil parecía el caso; pero, bien pronto, á un estribillo repetido á coro, no le quedó ya el menor resto de incertidumbre: había allí compatriotas suyos. Avanzó entonces algunos pasos, y de nuevo se detuvo; pero esta vez su rostro tomó una expresión de asombro que tenía mucho de estupidez: no solamente aquellos hombres eran sus compatriotas, no sólo aquella canción era una canción provenzal, sino que en aquel que la entonaba acababa de reconocer á Policar. La tripulación de *La Rochelana* se comía su cargamento en Filadelfia.

El capitán Pánfilo no vaciló ya ni un instante acerca del partido que había de tomar; gracias al barbero y al pintor del Serpiente Negra, estaba desfigurado de manera que no podía ser reconocido por su mejor amigo; abrió, pues, resueltamente la puerta de la taberna, y entró con su oso. Un hurra general acogió á los recién llegados.

Una duda quedaba al capitán Pánfilo: habíase olvidado de hacer repetir la danza á su oso, de suerte que ignoraba en absoluto de lo que era capaz; pero el inteligente animal se encargó él

mismo de su programa. Apenas se vió en el interior del figón, comenzó á trotar en redondo para hacer formar el círculo; los marineros subiéronse sobre las sillas y sobre los bancos, Policar se sentó sobre la estufa, y el espectáculo comenzó.

Todo lo que es posible enseñar á un oso, lo sabía el oso del capitán Pánfilo: bailaba el minué como Vestris, montaba á caballo sobre un mango de escoba ni más ni menos que un brujo, y señalaba al más borracho de la compañía con tal acierto, que dejaba atrás y volvía celoso al asno sabio. Así fué que, al terminar la sesión, un grito unánime de admiración salió de la asamblea, y Policar declaró que cualquiera que fuese el precio que el dueño del oso pidiera por su discípulo, él se lo compraba para regalarlo á la tripulación: esta decisión fué acogida por un ¡viva! estruendoso y general.

La oferta fué renovada de una manera formal, y el capitán Pánfilo pidió diez escudos por la bestia. Policar, que estaba en vena de generosidad, ofrecióle quince, mediante lo cual entró inmediatamente en posesión del animal. En cuanto al capitán Pánfilo, abandonó la taberna al primer ejercicio de la segunda representación sin que nadie fijase en él la atención, y sin que ninguno de sus marineros hubiese concebido la menor sospecha.

Nuestros lectores son demasiado perspicaces para no haber adivinado la causa de la desaparición del capitán Pánfilo; sin embargo, como algunos pudieran no estar en lo cierto respecto de ella, daremos una explicación clara y precisa

al uso de los espíritus perezosos ó enemigos de conjeturas.

El capitán Pánfilo no había perdido el tiempo: una vez en el interior de la taberna, había seguido con un ojo los ejercicios de su oso, y con el otro había contado el número de los marineros allí presentes; todos estaban en el figón, desde el primero hasta el último: era, pues, evidente que ni uno había quedado á bordo. Sólo el grumete Doble-Boca faltaba á la reunión; el capitán Pánfilo pensó que se le había dejado en *La Rochelana*, por miedo á que el barco no tuviese el antojo de volver solo á Marsella. Á consecuencia de este razonamiento tan matemático, el capitán dirigióse hacia la rada, siguiendo *Water-Street*, que se prolonga paralelamente á los muelles.

Al llegar al puerto, echó una rápida ojeada sobre todos los barcos fondeados, y, á pesar de la obscuridad, reconoció á quinientos pasos de él á *La Rochelana*, que se balanceaba graciosamente mecido por la marea ascendente. Por lo demás, ni una luz á bordo, nada que indicase que el barco estaba habitado: el capitán Pánfilo había acertado en sus conjeturas. Sin perder minuto se arrojó al río, y se puso á nadar en silencio hacia su bergantín.

El capitán dió dos vueltas alrededor de *La Rochelana* para mejor asegurarse de que nadie velaba á bordo; después, satisfecho de su examen, se deslizó bajo el bauprés, ganó la escala de cuerda y empezó su ascensión, deteniéndose á cada travesaño para escuchar si se percibía algún ruido. Todo estaba silencioso; el capitán dió una última zancada y se encontró sobre el puente de su

navío, allí empezó á respirar: estaba, al fin, en su casa.

La primera necesidad del capitán Pánfilo consistía en cambiar de traje, pues el que llevaba era demasiado aproximado al de la natura, y podía hacer negar su identidad. Bajó, pues, á su antiguo camarote, y lo encontró todo en su sitio como si nada hubiese pasado. El único cambio operado era que Policar había hecho llevar allí sus efectos, y, como hombre cuidadoso, había guardado los del capitán Pánfilo en una maleta. Ese respeto á su mobiliario había sido llevado á tal punto, que el capitán no tuvo más que alargar la mano hacia el sitio en donde colocaba ordinariamente su eslabón para encontrarle en el mismo sitio, de suerte que á la novena cerilla que trató de encender, el capitán Pánfilo tenía luz.

En seguida procedió á su *toilette*; era ya mucho haber vuelto á tomar posesión de su brick, pero no era aún lo bastante: le faltaba todavía reconstituir su figura, y la cosa era ya más difícil. El pintor del gran jefe había hecho las cosas á conciencia: el capitán Pánfilo necesitaba dejar en su toalla la piel de su rostro. Por fin los adornos salvajes desaparecieron, y, á fuerza de frotar, nuestro digno marino se encontró reducido á sus adornos personales; miróse entonces en un pequeño espejo y, por poco apasionado que fuera de su persona, experimentó cierto placer al volver á verse tal como se había conocido siempre.

Cumplida esta primera transformación, el resto fué la cosa más fácil del mundo: el capitán Pánfilo abrió su maleta, sacó de ella su panta-

lón rayado á lo largo, su chaleco rayado al través y su levita de camelote rayado en cruz, púsose sucesivamente estas prendas con la mayor tranquilidad, hecho lo cual descolgó su sombrero de paja, semejante á una seta, de donde estaba suspendido, arrolló su faja encarnada alrededor de su cintura, colgó de ella sus pistolas guarnecidas de plata, y después de apagar la luz, subióse al puente, donde reinaban la misma soledad y el mismo silencio. Doble-Boca seguía invisible, como si hubiese poseído el anillo de Giges y vuelto su engarce hacia adentro.

Afortunadamente el capitán Pánfilo conocía las costumbres de su subordinado y sabía encontrarle cuando no estaba donde debía estar. En efecto: avanzó sin vacilar hacia la escalera de la cocina, descendió con precaución los chillones peldaños, y, á través de la puerta entreabierta, divisó á Doble-Boca ocupado en los preparativos de su cena, guisándose un pedazo de bacalao fresco á lo *maitre d'hôtel*.

Al parecer, en el momento en que el capitán llegó, el pescado estaba en un grado de cocción conveniente, pues Doble-Boca acabó de poner su cubierto, hizo pasar el bacalao de la cacerola á una fuente, colocó ésta en la mesa, cogió un jarro con vino, percatóse de que no estaba lleno, y temiendo que el dorado líquido le faltase en medio de su cena, salió por la puerta que daba sobre la despensa á fin de ir á buscar un suplemento. La cena estaba preparada, el capitán Pánfilo tenía hambre, entró y se puso á la mesa.

Sea que hiciese quince días que el capitán no había probado la cocina francesa, sea que efec-

tivamente Doble-Boca poseyera un talento distinguido en un arte que ejercía solamente como aficionado, el caso fué que, desde el primer bocado, encontró el guiso excelente; y aun cuando no hubiese sido hecho para él sino para su antiguo cocinero, como quiera que al gustarlo se le abriera más el apetito, procedió en consecuencia, y continuó engullendo á más y mejor. Hallábase en el momento más solemne de su gastronómica faena, cuando oyó un grito; volvió en seguida la cabeza, y vió á Doble-Boca estupefacto, pálido é inmóvil en el dintel de la puerta: tomaba al capitán Pánfilo por un fantasma, por más que le veía entregado á una ocupación que pertenece exclusivamente á los habitantes de este mundo.

—Y bien, pequeño truhán, dijo el capitán sin interrumpir su cena, veamos, ¿qué es lo que haces ahí fuera? ¿no ves que me ahogo de sed? Vamos, ¡venga pronto de beber!

Las rodillas de Doble-Boca comenzaron á temblar, y sus dientes castañetearon.

—¿Á quién hablo yo? continuó diciendo el capitán tendiendo un vaso. Y bien, un poco, ¿nos decidimos?

Doble-Boca aproximóse con la misma repugnancia que si avanzase hacia el patíbulo, é intentó obedecer; pero, en su terror, vertió la mitad de vino en el vaso y la otra mitad en el suelo. El capitán hizo como si no se hubiese apercibido de esa torpeza, y llevó el vaso á sus labios. Después de haber agotado su contenido, hizo chasquear su lengua.

—¡Ah, tunante! exclamó, parece que conoces

dónde para el buen vino. Vamos á ver, dime sin temor alguno, ¿de dónde has sacado este vino?

—Del... respondió Doble-Boca que había llegado ya al último grado de terror, del tercer tonel de la izquierda.

—¡Ah! ¡ah! ¿del Bordeaux-Laffitte? ¿Te gusta el Bordeaux-Laffitte?... Te pregunto si te gusta el Bordeaux-Laffitte... Responde pronto... vamos.

—Cier...ta...men...te, balbuceó Doble-Boca; ciertamente, capitán... Sólo que...

—Sólo que no soporta el agua, ¿no es eso? Pues bien, bébelo puro, hijo mío.

Y cogiendo el jarro de las temblorosas manos del aterrado grumete, llenó un segundo vaso de vino y se lo presentó.

Doble-Boca lo cogió, titubeando todavía un instante antes de llevarlo á sus labios; después, adoptando al fin una resolución desesperada, dijo:

—¡Á su salud, capitán!

Y apuró el contenido del vaso, sin perder de vista al que lo había vertido.

El efecto del tónico fué rápido: Doble-Boca comenzó á serenarse.

—Y bien, dijo el capitán, á quien aquella mejora en las facultades físicas y morales de Doble-Boca no habían escapado; ahora que sé tu gusto por el bacalao á lo *maitre d'hôtel* y tu preferencia por el Bordeaux Laffitte, hablemos un poco de nuestros negocios. ¿Qué ha pasado aquí desde que abandoné el buque?

—Pues bien, capitán, ellos han nombrado á Policar sustituto de usted.

—¿Qué más?

—Después decidieron hacer vela para Fildelfia en lugar de volver directamente á Marsella, y vender la mitad del cargamento.

—Me lo sospechaba.

—De suerte que lo han vendido, y, desde hace tres días, se comen lo que no pueden beber y se beben lo que no pueden comer.

—Sí, sí, afirmó el capitán; ya les he visto.

—He ahí todo, capitán.

—¡Bandidos!... Pues me parece que es bastante. Y ¿cuándo deben partir?

—Mañana.

—¿Mañana? ¡Oh! ¡oh! ¡á tiempo he llegado! Escucha, Doble-Boca, querido amigo, ¿te gusta la buena sopa?

—Sí, capitán.

—¿El buen buey?

—También.

—¿Las buenas aves?

—Siempre.

—¿El buen Bordeaux-Laffitte?

—Á muerte.

—Pues bien, amigo mío, yo te nombro maestro cocinero de *La Rochelana*, con cien escudos de sueldo al año y un veinte por ciento en las presas.

—¿De veras? dijo Doble-Boca.

—Palabra de honor.

—Está dicho, y yo acepto. ¿Qué es preciso hacer para eso?

—Precisa, ante todo, callarte.

—Es cosa fácil.

—No decir á nadie que no he muerto.

—Bueno.

—Y, en el caso en que ellos no partieran mañana, llevarme, adonde estaré escondido, un poco de este buen bacalao y de este excelente Laffitte.

—Perfectamente. Y ¿dónde estará usted escondido, capitán?

—En la santabárbara, á fin de estar á punto de hacerlos saltar á todos si la cosa no marcha á mi gusto.

—Muy bien, capitán; se procurará que no esté usted descontento.

—Así, pues, ¿es cosa dicha?

—Y hecha, mi capitán.

—¿Y me llevarás dos veces al día la ración de bacalao y de burdeos?

—Sí, capitán.

—Pues, entendidos, y buenas noches.

—¡Buenas noches, capitán! ¡Buenas noches, y dormid bien, capitán!

Estos saludos fueron poco menos que inútiles: nuestro digno marino, tan robusto como era, caíase de sueño. Así es que, una vez en la santabárbara y después de cerrada la puerta, apenas tuvo tiempo de hacerse una especie de cama entre dos toneles y hacer rodar un barril para que le sirviese de almohada, cuando cayó en un sueño tan profundo como si no hubiese sido obligado á abandonar momentáneamente su navío por las circunstancias que hemos dicho y conocen nuestros lectores.

El capitán durmió doce horas de un tirón, siempre con los puños cerrados.

Al despertarse notó, por el movimiento de

La Rochelana, que el barco se había puesto en marcha: durante su sueño el brick había, efectivamente, levado anclas, y descendía hacia el mar sin haber advertido el aumento de tripulación que tenía á bordo. En medio del ruido y de la confusión que acompañan siempre á la faena de zarpar un barco, el capitán oyó rascar á la puerta de su escondrijo: era Doble-Boca que le llevaba su ración.

—Y bien, hijo mío, dijo el capitán, ¿estamos ya en marcha?

—Ya lo ve usted, mi capitán, -su deseo está cumplido.

—Y ¿adónde vamos?

—Á Nantes.

—¿Dónde estamos ahora?

—Á la altura de Reedy-Island.

—Bueno. ¿Están todos á bordo?

—Sí, todos.

—Y ¿no han reclutado á nadie?

—Sí por cierto; un oso.

—Bueno. Y ¿cuándo estaremos en el mar?

—¡Oh! esta tarde; tenemos la brisa y la corriente en nuestro favor, y en Bombay-Hook encontraremos la marea.

—Bueno, y ¿qué hora es?

—Las diez.

—Estoy plenamente satisfecho de tu inteligencia y de tu exactitud, y añadido cien libras á tu sueldo.

—Gracias, capitán.

—Y ahora, lárgate al instante, y tráeme la comida á las seis.

Doble-Boca hizo seña de que sería puntual,

y salió encantado de los modales del capitán. Diez minutos después, cuando el capitán acababa su almuerzo, oyó los gritos de Doble-Boca; al momento reconoció, por su regularidad, que eran ocasionados por los golpes de mojel. Contó veinticinco, no sin cierta inquietud, pues tenía el presentimiento de que no era extraño á la corrección que recibía su proveedor.

Sin embargo, como los gritos cesaron y nada indicó que hubiese ocurrido acontecimiento alguno á bordo, pues *La Rochelana* continuaba su marcha con la misma rapidez, su inquietud calmóse muy pronto.

Una hora después sintió los balanceos del barco, y comprendió que debía estar á la altura de Bombay-Hook: el movimiento de la marea había sucedido al de la corriente.

Así se pasó el día. Sobre las siete de la tarde se dejaron oír nuevos arañazos en la puerta de la santabárbara; el capitán Pánfilo abrió, y Doble-Boca entró por segunda vez.

—¡Ah! ¡ah! hijo mío, dijo el capitán, ¿qué hay de nuevo á bordo?

—Nada, capitán.

—Me ha parecido haber oído cantar un aire que ya conozco.

—¡Ah! ¿esta mañana?

—Sí; esta mañana.

—Me han sido propinados veinticinco golpes de mojel.

—¿Y eso por qué? Cuéntame la cosa.

—¿Por qué? Porque me han visto entrar aquí y me han preguntado lo que iba á hacer en la santabárbara.

—¡Son muy curiosos esos bergantes! Y ¿qué les has contestado?

—¡Ah! que iba á coger pólvora para hacer cohetes.

—¿Y te han dado por eso veinticinco golpes de mojel?

—¡Bah! eso no es nada; hacía viento, y ya se han secado.

—Cien libras de plus al año por los golpes de mojel.

—Gracias, capitán.

—Y ahora, hazte una pequeña fricción interior y exteriormente con ron, y vete á acostar. No tengo necesidad de decirte dónde está el ron.

—No, capitán.

—Pues, buenas noches, mi bravo proveedor.

—Buenas noches, capitán.

—Á propósito, ¿dónde estamos ahora?

—Pasamos entre el cabo May y el cabo Heulopin.

—¡Bueno! ¡bueno! murmuró el capitán, dentro de tres horas estaremos en el mar.

Y Doble-Boca cerró la puerta, dejando á su capitán con esa esperanza.

Cuatro horas transcurrieron sin ocurrir cambio alguno en la situación respectiva de los diferentes individuos que formaban la tripulación de *La Rochelana*: solamente para el capitán Pánfilo fueron los últimos instantes más lentos, y llevaron á su espíritu la ansiedad. Con atención creciente escuchó los diferentes ruidos que le anunciaban lo que pasaba en torno y debajo de él; oyó á los marineros que se acostaban en sus hamacas, vió á través de las rendijas de la

puerta apagarse las luces; establecióse poco á poco el silencio de la noche á bordo del buque; después los ronquidos empezaron, y el capitán Pánfilo, convencido de que podía arriesgarse á salir de su escondite, entreabrió la puerta de la santabárbara y asomó la cabeza por el entrepuente: estaba tranquilo como un dormitorio de religiosas.

El capitán subió los seis escalones que conducían á su camarote, avanzó de puntillas hasta la puerta, la cual encontró entreabierta, se detuvo un instante para respirar, y arrojó una mirada al interior de la habitación. Ésta no estaba alumbrada más que por algunos rayos oblicuos del astro de la noche, que se deslizaban por la ventana de atrás y caían sobre un hombre asomado á aquella ventana, el cual miraba tan atentamente un objeto que parecía absorber toda su atención, que no oyó al capitán Pánfilo abrir la puerta y cerrarla con cerrojo tras sí.

La preocupación de aquel á quien buscaba, que no era otro que Policar, al cual reconoció á pesar de estar de espaldas, pareció operar un cambio en las intenciones del capitán; volvió á meter en su cintura la pistola que había sacado ya por mitad, se aproximó lenta y silenciosamente á Policar, deteniéndose á cada paso y reteniendo la respiración á fin de no distraerle, y, por último, cuando se encontró junto á él, instruido por la maniobra de que él mismo había sido víctima en circunstancias semejantes, asió á Policar con una mano por el cuello y con la otra por la culera, y, aplicando á su cuerpo el mismo movimiento de báscula que había sentido

ejecutar con el suyo, le envió, antes que tuviera tiempo para hacer la menor resistencia ó dar el más pequeño grito, á examinar de más cerca el objeto que miraba con tan grande atención.

Entonces, viendo que el acontecimiento que acababa de cumplirse no había turbado en lo más mínimo el sueño de la tripulación, y que *La Rochelana* continuaba haciendo sus diez nudos por hora, el capitán se acostó tranquilamente en su hamaca, de la que había sido momentáneamente desposeído, y bien pronto se durmió con el sueño del justo.

Lo que Policar miraba con tanta atención era un tiburón hambriento que seguía la estela del barco, con la esperanza en que cayera alguna cosa.

Al día siguiente, al amanecer, el capitán Pánfilo se levantó, encendió su pipa y subió al puente. El marinero que estaba de cuarto y que se paseaba á lo largo de aquél para combatir el frío de la mañana, vió aparecer sucesivamente su cabeza, sus hombros, su pecho y sus piernas, y se detuvo, creyendo que soñaba: era precisamente Jorge, á quien el capitán había hecho, unos quince días antes, sacudir sus vestidos con el mango de una pica.

El capitán Pánfilo pasó junto á él sin aparentar fijarse en su asombro, y fué á sentarse, según su costumbre, sobre el capote del guardián del castillo de popa.

Á la media hora, próximamente, subió otro marinero á relevar al que estaba de guardia; pero, apenas hubo salido de la escotilla, se detuvo á su vez al distinguir al capitán: hubiérase dicho que

el bravo marino poseía, como Perseo, la cabeza de Medusa.

—Y bien, dijo el capitán Pánfilo tras un momento de silencio, ¿qué haces ahí, Bautista? ¿No relevas al bravo Jorge, que está helado de frío, después de tres largas horas que está de cuarto? ¿Qué es eso? Vamos, despachemos pronto!

El marinero obedeció maquinalmente, y fué á ocupar el sitio de su camarada.

—¡Así me gusta! prosiguió el capitán; á cada uno su turno, es de justicia. Ahora ven aquí, amigo Jorge; toma mi pipa, que está apagada, ve á encenderla, y que todo el mundo me la traiga.

Jorge tomó la pipa temblando, bajó la escalera del entrepuente tambaleándose como un borracho, y reapareció un instante después con la pipa encendida en la mano.

Iba seguido de toda la tripulación, silenciosa y estupefacta: los marineros se colocaron sobre cubierta sin pronunciar una sola palabra.

Entonces el capitán Pánfilo se levantó y comenzó á dar paseos de un extremo á otro del barco, tan pronto á lo largo como á lo ancho, y como si nada hubiera pasado: á cada ida y venida, los marineros se apartaban de él como si su contacto hubiese sido mortal, y, sin embargo, el capitán no llevaba ningún arma: estaba solo, mientras ellos eran setenta y tenían á su disposición todo el arsenal de *La Rochelana*.

Al cabo de un cuarto de hora de esa inspección silenciosa, el capitán se detuvo en el primer tramo de la escalera del comandante, lanzó una mirada en torno de sí, bajó la escalera, entró en su camarote y pidió su almuerzo.

Doble-Boca le llevó una tajada de bacalao gui-sado á lo *maitre d'hôtel* y una botella de Bordeaux-Laffitte. Nuestro grumete había entrado en funciones de jefe de cocina.

Éste fué el único cambio que hubo á bordo de *La Rochelana* durante su travesía de Filadelfia al Havre, donde abordó después de treinta y siete días de una feliz navegación, llevando un hombre menos y un oso de más.

Pero, como por casualidad aquel oso era hembra, y como por milagro esa hembra estaba preñada en el momento en que el capitán Pánfilo la encontró sobre las márgenes del Delaware, ella parió al llegar á París, donde su dueño la había conducido para hacer un obsequio al señor Cuvier.

Bien pronto el capitán Pánfilo pensó en sacar partido de aquel acontecimiento, y, á pesar de la difícil salida de su mercancía, acabó por vender uno de sus osos al propietario del hotel de Montmorency, en uno de cuyos balcones nuestros lectores han podido verle pasearse hasta el momento en que un inglés lo compró y se lo llevó á Londres, y el otro á Alejandro Decamps, quien lo bautizó con el nombre de Tom y lo confió á su amigo Fau, el cual, como hemos dicho, dióle una educación que hubiera acabado por hacer de él un oso superior, aun procediendo de la gran osa del mar Glacial, sin el desgraciado acontecimiento que hemos referido y en el cual sucumbió en la flor de su edad.

Y he ahí cómo Tom había pasado, de las riberas del río San Lorenzo á las orillas del Sena.

CAPÍTULO XIV

De cómo Jacobo I, no habiendo podido digerir el alfiler que se tragó con la mariposa, fué atacado de una perforación del peritoneo.

«Las desgracias nunca vienen solas», dice, con notoria verdad, un proverbio ruso, y por esta verdad misma merece ser aplicado en Francia. Pocos días habían transcurrido desde la muerte de Tom, cuando Jacobo I empezó á dar señales de indisposición, ante las cuales no había manera de engañarse y las que alarmaron á toda la colonia, á excepción de Gacela que, retirada en su concha durante las tres cuartas partes del día, se mostraba completamente indiferente á todo lo que no atañía á su persona, y quien, además, nos consta no era de las más íntimas amigas de Jacobo.

Los primeros síntomas de la enfermedad fueron una somnolencia continua, acompañada de una gran pesadez de cabeza; á los dos días, el apetito desapareció por completo y fué reemplazado por una sed que se hizo de hora en hora

más ardiente; al tercero, los cólicos ligeros que había sufrido hasta entonces tomaron una intensidad tan grande y fueron acompañados de dolores tan agudos y permanentes, que Alejandro Decamps tomó un coche y fué á buscar al doctor Thierry.

Éste reconoció al instante la gravedad del mal, aunque sin poder caracterizarle positivamente, fluctuando entre que fuese una ulceración de las entrañas, una parálisis de los intestinos ó una inflamación del peritoneo. Á todo evento practicó una sangría de dos tazas de sangre, prometió volver por la tarde á practicar una segunda, y ordenó que, en el intervalo que debía mediar entre ellas, se le aplicasen treinta sanguijuelas sobre la región abdominal; además, Jacobo debía ser puesto bajo el régimen de las bebidas diluyentes y de todo aquello que el tratamiento antiflogístico puede ofrecer de más enérgico. Jacobo se prestó á todo con una complacencia que indicaba claramente que comprendía la gravedad de su mal.

Por la tarde, cuando el doctor volvió, encontró que la enfermedad, lejos de ceder con el tratamiento seguido, había hecho nuevos progresos, notándose aumento de sed, inapetencia completa, hinchazón del vientre y enrojecimiento de la lengua; el pulso era débil, agitado, concentrado y frecuente, y los ojos, hundidos en sus órbitas, denotaban el sufrimiento que el pobre Jacobo experimentaba.

Thierry practicó una segunda sangría de otras dos tazas, á la cual Jacobo se prestó con resignación, pues por la mañana, después de seme-

jante operación, se había sentido momentáneamente aliviado. El doctor ordenó continuar las bebidas diluyentes toda la noche, y se envió á buscar una sirvienta para administrárselas de hora en hora. Pronto se presentó una viejecita que tenía el mismo aire de la familia de Jacobo, y quien pidió, al ver al enfermo, un aumento en el salario que se le daba ordinariamente, bajo el vano pretexto de que tenía costumbre de velar á los hombres y no á los monos, y que, como ella degeneraba en el oficio, era preciso indemnizarla de su complacencia; se arregló, como con todo lo que denigra, pagando el doble.

La noche fué mala: Jacobo impidió á la vieja dormir, y la vieja golpeó á Jacobo. El ruido de la lucha llegó hasta Alejandro, que se levantó y entró en el cuarto del enfermo. Jacobo, exasperado por la conducta desleal de la vieja respecto á él, había llamado en su auxilio á todas sus fuerzas, y en el momento en que ella se bajaba hacia él para pegarle, habíala arrancado su cofia y despedazádola.

Alejandro llegaba á tiempo para poner paz: la vieja expuso sus razones, Jacobo explicó las suyas por medio de una mimica asaz expresiva, y Alejandro comprendió que la culpa estaba de parte de la vieja. Ésta quiso defenderse, pero la botella casi llena, aunque la noche se hallase ya en su último tercio, aportó el testimonio de su condenación. La vieja fué pagada y despedida á pesar de la hora irregular, y Alejandro, con gran alegría de Jacobo, continuó junto al lecho del enfermo la vela empezada por la infame bruja que acababa de despedir. Entonces, á la energía

desplegada un instante por el enfermo, sucedió una postración completa. Jacobo estaba como expirante. Alejandro creyó que el momento fatal había llegado; pero, inclinándose sobre Jacobo, vió que estaba únicamente postrado y no en la agonía.

Hacia las nueve de la mañana, Jacobo se estremeció é incorporóse sobre su cama dando algunas señales de alegría; bien pronto sonaron pasos, y la campanilla fué agitada. Al instante, Jacobo intentó levantarse, pero cayó sin fuerza: en seguida la puerta se abrió, y apareció Fau. Había sido prevenido al momento, por el doctor Thierry, de la enfermedad de Jacobo, é iba á hacer una visita á su discípulo.

Fué aquel un momento de emoción para Jacobo, durante el cual pareció olvidar sus dolores; pero pronto la fuerza moral cedió á los accidentes físicos: horribles náuseas se declararon, que al cabo de media hora fueron seguidas de fuertes vómitos.

El doctor llegó en el interin y encontró al enfermo acostado sobre el dorso, con la lengua blancuzca, seca y cubierta de una capa mucosa. La respiración era frecuente y entrecortada: la escena entre Jacobo y la vieja había ocasionado progresos espantosos en la enfermedad. Thierry escribió en seguida á uno de sus colegas, el doctor Blasy, y mandó llevar la carta por un aprendiz de Decamps. Habíase hecho necesaria una consulta: Thierry no respondía ya del enfermo.

Hacia el mediodía, el doctor Blasy llegó: Thierry llevóle al lado de Jacobo, le detalló los accidentes de la enfermedad y le expuso el trata-

miento seguido y los medicamentos ordenados. El doctor Blasy reconoció el acierto y la aptitud del tratamiento; después, habiendo examinado á su vez al desgraciado Jacobo, su opinión ó diagnóstica—como dicen los Galenos—fué que el animal estaba atacado de una parálisis de los intestinos, ocasionada por una cantidad de blanco de plomo y de azul de Prusia que Jacobo había devorado.

El enfermo estaba tan débil, que no se atrevieron á practicar una nueva sangría, y los hombres de ciencia se entregaron á los recursos de la naturaleza. Así se pasó el día, accidentado á cada momento por crisis; por la tarde volvió Thierry, y bastóle dar una sola mirada al enfermo para percatarse de que la enfermedad había hecho todavía nuevos progresos. Movié tristemente la cabeza, no prescribió nada nuevo, y dijo que si el enfermo manifestaba algún capricho, podía dárselo todo lo que pidiese: lo mismo se concede á los condenados á muerte la víspera del día en que han de ser llevados á la guillotina. Esta declaración del sabio doctor sumió á todos en la mayor consternación.

Por la noche llegó Fau, declarando que nadie más que él velaría á Jacobo. Á consecuencia de la decisión del doctor, había llenado sus bolsillos de confites, de almendras garapiñadas y de almendras frescas: no pudiendo salvar á Jacobo, quería al menos endulzar sus últimos momentos.

Jacobo le recibió con suprema expresión de alegría: cuando le vió acomodarse en el sitio donde se había sentado la vieja, comprendió el

afecto de su maestro, y se lo agradeció con un pequeño gruñido amistoso. Fau empezó á darle una copa de la poción recetada por Thierry: Jacobo, para no contrariar á Fau, hizo esfuerzos inauditos para tragarla; pero casi en seguida la volvió tan violentamente, que Fau creyó que iba á quedársele entre los brazos. Sin embargo, al cabo de algunos minutos, las contracciones del estómago cesaron, y aunque temblándole todavía todos sus miembros, tan fuerte había sido la crisis sufrida, halló un instante, si no de reposo, al menos de postración.

Hacia las dos de la madrugada, los primeros accidentes cerebrales se manifestaron: no sabiendo qué dar á Jacobo para calmarle, se le presentaron almendras y confites: el enfermo reconoció bien pronto estos objetos, que ocupaban un puesto muy distinguido entre sus recursos gastronómicos. Ocho días antes se habría hecho azotar y colgar por los confites y las almendras. Pero las enfermedades son una dura corrección. La que padecía Jacobo habíale dejado el deseo, y se le había llevado la posibilidad. Jacobo escogió tristemente los confites que contenían almendras y que tenían azúcar además, y como no pudiese tragarlas, se las metió en las bolsas que la naturaleza le había concedido á cada lado de las mandíbulas; de suerte que algunos instantes después sus carrillos se bajaron sobre su pecho, como hacían las patillas de Charlet antes que se las hubiese cortado.

Sin embargo, aunque Jacobo no pudo, con gran pesar suyo, tragar los confites, experimentó cierto placer en la operación intermedia que

acababa de cumplir: humedecido por la saliva, el azúcar que cubría las almendras se derretía poco á poco, lo cual no era sin dulzura para el moribundo; y, á medida que el azúcar se derretía, el volumen de las provisiones disminuía y dejaba desde luego sitio en las bolsas para introducir nuevas almendras. Jacobo alargó la mano; Fau comprendió á Jacobo y le presentó un puñado de confites, entre los cuales el enfermo escogió los que encontraba de su mejor conveniencia, y las bolsas volvieron á tomar una redondez muy respetable. En cuanto á Fau, concibió alguna esperanza con aquel deseo del enfermo, pues habiendo visto disminuir las bolsas, había atribuido á la masticación el fenómeno de la fusión, y augurado de esto una mejoría sensible en el estado del enfermo, que comía á la sazón y que un momento antes no podía beber.

Desgraciadamente, Fau se engañaba: hacia las siete de la mañana, los accidentes cerebrales fueron alarmantes. Aquello era lo que había previsto Thierry: de modo que, cuando entró, no se informó para nada del estado del paciente, y sólo preguntó si Jacobo había muerto. Ante la respuesta negativa que le dieron, pareció muy asombrado y entró en la habitación donde estaban ya reunidos Fau, Jadin, Alejandro y Eugenio Decamps: el enfermo estaba en la agonía.

Entonces, no pudiendo ya hacer nada para salvarle, y viendo que á las dos horas habría dejado de existir, envió al criado á casa de Tony Johannot con encargo de traerse á Jacobo II, á fin de que Jacobo I, muriendo en brazos de un individuo de su especie, pudiese al menos co-

municarle su última voluntad y sus postreros deseos.

El espectáculo era conmovedor y doloroso; todos querían á Jacobo, quien, aparte de los defectos inherentes á su especie, era lo que se llama entre muchachos un buen chico: allí no había más que Gacela, que, como para insultar al moribundo, había llevado una zanahoria desde el taller á la cámara mortuoria, la cual legumbre se puso á comer debajo de una mesa con una impasibilidad que indicaba un excelente estómago, al par que un corazón malvado: Jacobo la miró varias veces de soslayo con una expresión que quizás hubiese hecho poco honor á un cristiano, pero que era bastante excusable en un mono.

Entre tanto, el criado entró llevando á Jacobo II, el cual, no habiendo sido prevenido del espectáculo que le esperaba, experimentó, al presenciar éste, un movimiento de terror. Aquella cama mortuoria, sobre la cual estaba tendido uno de sus semejantes; aquellos animales, de otra especie que la suya, que rodeaban al moribundo, y en los que reconoció á los hombres, es decir, á una raza habituada á perseguir la suya, todo esto le impresionó de tal manera, que se puso á temblar de pies á cabeza.

Mas, pronto Fau se acercó á él con una almendra garapiñada en la mano: Jacobo II tomó el bombón, lo volvió y revolvió para ver si tenía alguna sorpresa, lo probó con la punta de los dientes, y convencido, por el testimonio de sus sentidos, de que no se le quería ningún mal, volvió poco á poco de su espanto.

Entonces el criado lo colocó junto á la cama de su compatriota, el cual, haciendo un último esfuerzo y con el sello de la muerte impreso ya en su rostro, se volvió de su lado. Jacobo II comprendió entonces, ó al menos pareció comprender, la misión que estaba llamado á cumplir: acercóse al moribundo, á quien las repletas bolsas de sus carrillos hacían desconocido, y, después de contemplarlo breves instantes, le tomó la pata; y, compadeciéndole con dulzura, pareció invitarle á que le confiase sus últimos pensamientos. El enfermo hizo un visible esfuerzo para llamar á sí toda su energía, y llegó á conseguir incorporarse en su lecho; después, murmurando en su lengua materna algunas palabras al oído de su amigo, le señaló á Gacela siempre impasible, con un gesto parecido al que hiciera, en el hermoso drama de Alfredo de Vigny, la mariscal de Ancre mostrando á su hijo, en el momento de expirar, á Alberto de Luynes, el asesino de su padre. Jacobo II hizo un signo con la cabeza, indicando que había comprendido, y Jacobo I cayó sin movimiento.

Diez minutos después, llevó las dos manos á su cabeza, miró una vez todavía á los que le rodeaban, como para dirigirles un último adiós, se levantó por un esfuerzo supremo, arrojó un grito y cayó en brazos de Jacobo II.

Jacobo I estaba muerto.

Hubo entre los presentes un instante de profundo estupor, que pareció compartir también Jacobo II: con los ojos fijos, miraba á su amigo que acababa de expirar, inmóvil como el mismo cadáver. Cuando, después de cinco minutos de

mudo examen, se hubo asegurado bien de que no quedaba sombra de existencia en el cuerpo que tenía ante sus ojos, llevó las dos manos á la boca del muerto, se la abrió estirando los carrillos en sentido inverso, metió la mano en las bolsas, y, sacando las almendras azucaradas, introdújolas inmediatamente en las suyas.

¡Lo que se había tomado por afecto de un amigo no era otra cosa que la avaricia de un heredero!...

Fau arrancó el cadáver de Jacobo I de brazos de su indigno ejecutor testamentario, y lo entregó á Thierry y á Jadin, que lo reclamaban, el primero en nombre de la ciencia, el segundo en nombre del arte: Thierry quería abrir el cuerpo para ver de qué enfermedad había muerto; Jadin quería vaciar la cabeza á fin de conservar su mascarilla y enriquecer la colección de carátulas célebres: la prioridad fué concedida á Jadin, á fin de que cumplierse su operación antes que la muerte hubiese alterado los rasgos del rostro, conviniendo en que después enviaría el cadáver á Thierry, quien, á su vez, procedería á la autopsia.

Como la operación del vaciado daba una hora larga á Thierry, la aprovechó para ir á buscar á su colega Blasy, con el cual debía reunirse en casa de Fontaine, donde el cuerpo iba á ser transportado y sería puesto á la disposición de los dos doctores.

Tomadas esas disposiciones, Jadin, Fau, Alejandro y Enrique Decamps subieron en seguida á un coche para ir á reunirse con aquéllos en casa de Fontaine, llevando á Jacobo I con ellos y

dejando á Jacobo II y á Gacela dueños absolutos de la casa.

La operación, hecha con el mayor cuidado, resultó á maravilla, y el grabado fué tomado con tal exactitud, que dió al menos el consuelo á los amigos de Jacobo de guardar su semejanza. Acababan de llenar esta triste y última función, cuando los dos doctores entraron: el arte había hecho su obra, la ciencia iba á comenzar la suya. De los amigos del finado, sólo Jadin tuvo valor para quedarse á presenciar la segunda operación; Fau, Alejandro y Eugenio Decamps se retiraron, no sintiéndose con fuerzas para asistir á tan triste espectáculo.

Practicada la autopsia, se encontró el peritoneo fuertemente inflamado, presentando en diferentes puntos ligeras manchas blancas, y lleno de un líquido séroso-sanguinolento: todo esto era el efecto y no la causa. Los dos doctores prosiguieron en su investigación; por fin, casi en medio del intestino delgado, descubrieron una ligera ulceración que daba paso á la punta de un alfiler, cuya cabeza había quedado oculta en el intestino; entonces recordaron la fatal circunstancia de la mariposa, y todo se lo explicaron. La muerte era, pues, inevitable, y los dos doctores tuvieron el consuelo de ver que, si bien habían incurrido en un ligero error sobre la causa de la enfermedad, la de Jacobo era mortal, y todos los recursos del arte no podían salvarle del accidente ocasionado por su glotonería.

Entre tanto Fau, Alejandro y Eugenio Decamps subían muy tristes la escalera de la casa número 109, cuando, al llegar al segundo piso,

empezaron á sentir un olor muy especial, como de carne asada; á medida que subían, el olor hacíase más fuerte, y, al llegar á la meseta de su habitación, advirtieron que aquél provenía de su casa: abrieron en seguida la puerta, pues, no habiendo dejado á la cocinera en su vivienda, no podían darse cuenta de aquellos preparativos culinarios; el olor venía del taller.

Prontamente penetraron en él: oíase freir algo en la estufa, de la que salía una gran humareda. Alejandro abrió vivamente la puerta, y encontró sobre la plancha enrojecida á Gacela vuelta sobre el dorso y panza arriba, asándose y ahogada en su caparazón.

La venganza de Jacobo I había sido cumplida por Jacobo II.

Se le perdonó en favor de la intención, y se le envió á casa de su dueño.